

Capítulo 2

Deconstruir las narrativas del Estado-Nación desde las Memorias de la Esclavitud y el discurso de la República



Foto: Ivan Rúa

El Dorado Negro, o el verdadero peso del oro Neogradino en la Colonia

KRIS LANE

Resumen

Este ensayo examina una mezcla de fuentes documentales cuantitativas y cualitativas sobre la producción de oro durante el período colonial como medio para determinar las contribuciones de africanos esclavizados y sus descendientes a la formación de lo que es actualmente Colombia. El autor propone que la mayor parte de la producción anual de oro, en la Colonia y a comienzos de la República, fue hecha por africanos esclavizados y sus descendientes. Gran parte de este oro se fue a la España imperial, hecho que llama la atención a la hora de fijar responsabilidades ligadas a las reparaciones. El ensayo termina enfatizando la importancia de los aportes técnicos y las adaptaciones de los esclavos, que favorecieron el éxito de la industria minera. Asimismo, la mano de obra femenina e infantil fue central durante el período de la esclavitud. Dada la importancia de la economía del oro durante este largo período, cualquier discusión sobre reparaciones requerirá un examen profundo de los registros de la actividad minera.

Palabras clave: producción de oro, minería de oro, esclavitud colonial, curanderos, transferencia de técnicas, mano de obra femenina

Un libro de meditaciones sobre el pasado/presente de la costa Pacífica colombiana, intitulado *My Cocaine Museum*, del antropólogo Michael Taussig, empieza con esta reflexión:

To walk through the Gold Museum is to become vaguely conscious of how for millennia the mystery of gold has through myth and stories sustained the basis of money worldwide. But one story is missing. The museum is silent as to the fact that for more than three centuries of Spanish occupation what the colony stood for and depended on was the labor of slaves from Africa in the gold mines. Indeed, this gold, along with the silver from Mexico and Peru, was what primed the pump of the capitalist takeoff in Europe, its *primitive accumulation*. Surely this concerns the bank, its birthright, after all?

It seems so monstrously unjust, this denial, so limited and mean a vision incapable of imagining what it was like diving for gold in the wild coastal rivers, moving boulders with your bare hands, standing barefoot in mud and rain day after day, so unable to even tip your hat to the brutal labor people still perform today alongside the spirits of their parents and grandparents and all of the generations that before them had dug out the country's wealth (Taussig 2004: x-xi).

Caminar por el Museo de Oro es darse cuenta, vagamente, de que a lo largo de miles de años el misterio del oro ha constituido, a través de mitos y cuentos, la base del dinero en todo el mundo. Pero falta una historia. El Museo nada dice del hecho de que, durante más de tres siglos de ocupación española, lo que le dio a la Colonia su razón de ser y constituyó aquello de lo que ésta dependía fue el trabajo en las minas de oro de los esclavos traídos de África. En verdad, este oro, junto con la plata de México y Perú, fue lo que alimentó la bomba del despegue capitalista de Europa, su *acumulación primitiva*. Después de todo, ¿no tendrá esto que ver con la banca?, ¿no será lo que le dio derecho a nacer?

Esta negación parece monstruosamente injusta, y es muy limitada y mezquina una visión que no puede imaginar cómo era bucear en busca de oro en los bravos ríos de la costa, moviendo peñascos a mano limpia, trabajando descalzos en el lodo día tras día, ni es capaz de quitarse el sombrero ante el trabajo brutal que estas personas siguen realizando en compañía de los espíritus de sus padres y abuelos y de todas las generaciones que antes de ellos desenterraron los tesoros del país (traducción del autor).

Con una perspectiva histórica o, tal vez mejor, desde un punto de vista empírico es bastante fácil vibrar al unísono con estas reacciones emocionales de

Taussig ante el hecho de que la gran contribución económica –dejando de lado por el momento el gran legado cultural– de la población afrodescendiente a Colombia ha sido no solamente ignorado sino, peor aún, ocultado, ahogado. Pero ¿qué pasó con esta historia? ¿Hablamos de una conspiración o simplemente de una fuerte tendencia acumulativa, de una tradición historiográfica de “*silenciamiento del pasado*”, para tomar prestada una expresión del historiador haitiano Michel-Rolph Trouillet? Si es tan fácil confirmar esto examinando la documentación colonial, ¿por qué no se lo ha denunciado hasta ahora? Me es difícil decir aquí –como en mi país, los Estados Unidos, y en los países de Europa–, en mi condición de historiador extranjero, que estos datos, tan sorprendentes, podrían tener el incómodo efecto de trastocar completamente los conceptos más caros al mundo moderno.

En los Estados Unidos y en otros países con amplias y antiguas instituciones de esclavitud africana ha sido posible ignorar por tanto tiempo estas contribuciones al menos por dos razones:

1. La gran mayoría de los historiadores, como representantes que son de la cultura y de la clase dominante –aun los “rebeldes”–, han considerado la esclavitud negroafricana una etapa inevitable del progreso, un fenómeno tan natural como la llegada de los europeos y menos trágico que la conquista y el exterminio de la población indígena: una tragedia de menor cuantía.

2. En muchas obras de historia económica –incluso en varias que caen dentro de la tradición marxista– no se ha considerado a los afrodescendientes individuos o comunidades capaces de una independencia económica total, de una creatividad adaptativa resistente y de una tradición de innovación técnica, etc., sino –sumidos en el anonimato y agrupados bajo términos como *negros* y *esclavos*– víctimas pasivas de los factores de producción: “lamentamos que el negro haya sido explotado siempre de tal forma...”.

Un resultado de esta visión limitada, de esta “*falta de imaginación*” –para usar las palabras de Taussig–, patente incluso en otras partes de Hispanoamérica, tal vez algo menos en Brasil, ha sido minimizar en la historia oficial el sufrimiento cotidiano que soportaron los esclavos y negar las múltiples contribuciones de esta misma población. En su condición de instrumentos deshumanizados de las élites, ¿cómo podían tener emociones normales ni, mucho menos, vida intelectual o una voluntad que fuera algo más que resistencia bruta? Hablar de “*deshumanización*”, bien bajo la esclavitud o como resultado de cualquier otra forma de crimen de lesa humanidad, nos lleva al factor fundamental, que es el racismo, el prejuicio basado en el color de la piel. Y lo peor es, en términos del

proceso histórico, su negación constante con la retórica vacía y panamericanoide del mestizonacionalismo. Hay que liberarse del ruido de estos gritos falsamente patrióticos de “*todos somos esto o aquello!*” para empezar a recuperar una historia verdadera y justa.

Espero que este breve ensayo provoque una reflexión más profunda sobre cómo calcular concretamente esta profunda contribución afrodescendiente a la formación de Colombia. El enfoque adoptado en este texto es el de la producción minera en la Colonia, la cual formaba parte de un amplio y complejo sistema de sectores como la producción agropecuaria, la construcción, la artesanía y el transporte, entre otros. He escogido los metales preciosos por tres razones:

1. Tenemos varias series de datos acerca de este sector, mucho más completos y exactos que sobre otros sectores de la economía temprana.
2. La minería del oro –pero también de la plata, el platino, las esmeraldas y las perlas– fue el motor de la economía colonial y republicana hasta que comenzó la época del café.
3. Dentro de la documentación manuscrita sobre el sector minero se puede encontrar una gran variedad de pruebas no solamente de crueldades padecidas por ella sino también de las innovaciones y la alta productividad de la población esclavizada.

Podemos hablar, como sugiere Taussig, de una cultura negra-minera seminal para el desarrollo del imperio español y, después, de la Nación colombiana.

Esclavitud y minería: contribución cuantitativa

Empezaremos con un breve análisis de los cálculos y la naturaleza de lo registrado durante la Colonia. Los datos sobre la trata de esclavos procedentes de varias regiones de África y ligados a la producción bruta de oro y plata en las Américas, aunque no son exhaustivos, constituyen un gran aporte. Para los Oficiales Reales de la Corona española, los dos pilares del sistema imperial, íntimamente vinculados a la defensa del reino, eran la trata y el movimiento constante de esclavos africanos hacia las minas y el flujo preferiblemente ininterrumpido– de metales preciosos hacia la metrópoli. De tal manera que siempre existió un genuino interés en calcular anualmente –y aun mensualmente– el valor de la trata de esclavos y del tráfico de metales. La interrelación entre los dos fue advertida repetidamente por los burócratas desde principios del siglo XVI.

Hoy, gracias a muchos estudios de las Cajas Reales que sobreviven en archivos locales y nacionales, comparados con datos recopilados en España, Holanda y otras partes del mundo, tenemos una idea global del valor de la producción minera colonial. Para el período temprano tenemos contabilidades parciales de muchas regiones, desde Santa Marta a Mocoa y desde Panamá a Barbacoas. Podemos mencionar los estudios de Hermes Tovar Pinzón, Zamira Díaz, Guido Barona y Robert West, uno clásico del antioqueño Vicente Restrepo y muchos más. Pero en aras de la brevedad, y a manera de introducción al problema, voy a ofrecer un resumen del trabajo reciente del historiador holandés-americano Engel Sluiter, quien dedicó los últimos años de su larga vida a la recolección de datos de todas las Cajas Reales, no sólo del Nuevo Reino de Granada sino de toda Hispanoamérica, hasta 1650. Para la Nueva Granada, sus cálculos se aplican a una docena de regiones mineras entre 1576 y 1648 (Sluiter 1998: 101-132).

Es cierto que la producción de oro del Nuevo Reino era muy importante al menos una generación antes de 1576, pero también es seguro que ya por estos años una gran parte de dicha producción fue lograda por esclavos de ascendencia africana. En los inicios de la industria minera fueron importantes la Encomienda y, en algunas zonas, la Mita indígena. Por otra parte, las zonas más productivas de oro en esa época —entre ellas, Zaragoza, Remedios y Popayán— estaban dedicadas a la esclavitud negra. El gran total que Sluiter nos presenta sin añadir un porcentaje de contrabando o de cuentas perdidas —que son bastantes— supera los sesenta millones de pesos, convertidos los pesos de oro en pesos de plata de a ocho reales. A falta de una estimación para Cartagena, y gracias al trabajo que he realizado en las Cajas Reales de Quito, puedo añadir un mínimo de otro millón de pesos de oro —o dos y medio de plata— procedentes de Popayán que pagaron impuestos en Quito. Con base en estos cálculos, y teniendo en cuenta el contrabando y las cuentas perdidas, no sería exagerado estimar una producción anual de oro de un millón de pesos de plata entre 1550 y 1650. Tampoco sería absurdo afirmar que por lo menos la mitad —o tal vez más— de este oro fue producido por esclavos africanos y sus descendientes a comienzos de la Colonia. Esto sin hablar de la plata, las esmeraldas y las perlas.

Para la segunda mitad del siglo XVII es mucho más difícil calcular con exactitud la producción minera del Nuevo Reino por la creciente tasa de contrabando y la negligencia o la corrupción de los Oficiales Reales. Lo que sabemos por fragmentos documentales es que seguían ampliándose las fronteras mineras, casi todas abiertas por colonias de africanos esclavizados. En esa época, las élites de Popayán y Cali y algunas de Antioquia y Panamá empezaron a trasladar sus cuadrillas hacia zonas selváticas que no habían sido conquistadas, especialmente

Barbacoas, Raposo y el propio Chocó. Algunos intentaron abrir minas con esclavos africanos en la alta Amazonia y en las regiones circumpastusas de Mocoa y Sucumbíos. Abrieron también minas en el alto Magdalena después de la conquista de los Pijaos. Pero la principal tendencia de este período fue la colonización negra de la costa Pacífica, con énfasis de casi cien por ciento en la minería del oro. La población indígena conquistada sirvió en general para abastecer a las cuadrillas de mineros africanos y muy poco para trabajar en las minas mismas. Dado que esos años marcaron una transición, no sería exagerado decir que la cantidad de oro producido entre 1650 y 1700 —especialmente después de 1670— superaba el millón de pesos anuales. Para esos años contamos con más indicios que para la época anterior de que esclavos afrodescendientes trabajaban en las minas de esmeraldas y de plata. Las rancherías de perlas ya estaban en crisis ecológica.

Para el siglo XVIII, con la transición al sistema imperial borbónico, contamos otra vez con documentos confiables. Aunque se mantenía el fenómeno del contrabando, la Corona impulsó el registro de la producción mediante la disminución de los impuestos. Después de 1777, los mineros pagaban solamente 3% de su producción bruta de oro. Gracias a este incentivo y al gradual abaratamiento y expansión de la trata de esclavos, el sector minero negro se expandió de forma importante hasta la caída de los Borbones en 1808. No era extraño entre las grandes familias de Cali y Popayán tener, a mediados del siglo XVIII, una o dos cuadrillas de cien a doscientos individuos en uno u otro Real de Minas en cualquier parte de la costa Pacífica. Ya había también un flujo constante de esclavos entre las minas de la costa y las plantaciones, las minas y los hatos de ganado mayor del Cauca. Otro fenómeno notable de esta época fue el rápido ascenso de Medellín con el descubrimiento de minas nuevas en Los Osos, Rionegro y alrededores. Antes de la Independencia, la esclavitud y la minería de oro fueron las características definitivas de la economía y de la sociedad del Occidente del país y el motor de la producción agropecuaria, textil, y mercantil del Oriente, sin hablar de las casas de moneda. Como los “*padres fundadores*” de Virginia —en los Estados Unidos—, con sus grandes pueblos de esclavos y sus leguas cuadradas de tabaco, las grandes familias de Colombia acumularon la mayor parte de su poder y riqueza a costa del sudor y la sangre de los africanos.

Acerca de la cantidad de oro producido a lo largo del siglo XVIII tenemos los estudios de Jorge Orlando Melo, Salomón Kalmanovitz, Germán Colmenares, Guido Barona y otros. Pero, otra vez con el interés de ser breve en este esbozo preliminar, voy a ofrecer un resumen global del historiador inglés Anthony McFarlane. Tomando sus cifras de una mezcla de fuentes primarias y secundarias, y sin añadir especulaciones sobre contrabando y cuentas perdidas,

McFarlane (1993: 80-89) estima un total de producción de oro, para el siglo XVIII, equivalente a 86.467.000 pesos de plata de ocho reales. Considerando los efectos del contrabando, de las cuentas perdidas y de la salida de oro hacia Quito, Lima y Panamá podemos afirmar con confianza que entre 1700 y 1800 se produjo un mínimo de un millón de pesos en oro cada año, más de 90% por esclavos nacidos en África y de ascendencia africana. El resto fue producido por hombres y mujeres libres de ascendencia africana, los llamados “*mazamorberos*”, quienes pagaban un impuesto anual en oro como tributo. Es importante recordar que la producción de oro se prolongaría a lo largo de la Independencia, con la aplicación de algunas nuevas técnicas, hasta 1851 (Lohse 2001; Hudson 1964). Sin exactitud científica –pero sin exageración tampoco– podemos estimar una producción promedio de oro de un millón de pesos anuales a lo largo de tres siglos –entre 1550 y 1851–, la mayor parte de la cual fue llevada a cabo por personas de ascendencia africana, en su mayoría esclavos.

Esclavitud y minería: contribución cualitativa

Otro aspecto de la economía colonial frecuentemente ignorado es el sector “*informal*” o artesanal. El cálculo de sus contribuciones es, por fuerza, bastante subjetivo, pero hay indicios de que personas de ascendencia africana tomaban en ocasiones la iniciativa en los procesos de colonización de zonas auríferas y aportaban al mejoramiento de las técnicas mineras dentro de un ambiente de poca inversión por parte de las élites. Del mismo modo hay vestigios de crueldad y muerte por hambre, enfermedades y accidentes, horrores de la esclavitud que han sido olvidados y negados. Según los testimonios escritos, sin hablar de lo que ha llegado hasta nosotros por tradición oral, trabajar y vivir en las minas en los tiempos coloniales era mucho más duro de lo que podría imaginar Taussig.

En la extensa serie de documentos del Archivo General de la Nación llamada Fondo Minas se encuentran huellas de la iniciativa africana en el desarrollo de minas de oro por todas partes del país. Hasta ahora no he encontrado un documento en el que conste expresamente que algún esclavo haya llegado de África con experiencia en la minería del oro y la haya aplicado en las minas neogranadinas, pero esto tuvo que haber pasado en muchos casos. En África, las famosas minas de Bambuk y Buré y de lo que hoy es Ghana se explotaron intensivamente durante la época de la trata de esclavos. Fuera de estas zonas auríferas existían muchas minas de cobre, como ocurría en el Congo. En todas partes, la metalurgia del hierro era fundamental. Por ejemplo, la palabra *Angola* proviene de *ngola*, que significa ‘herrero’. Los testimonios de que disponemos

afirman que el famoso “arroz negro” de Gambia (Carney 2001) y el oro y el cobre de África occidental y central eran extraídos por grupos familiares de hombres, mujeres y niños, cada uno encargado de tareas especiales. Esta organización del trabajo de la minería de aluvión fue traída al Nuevo Reino de Granada, lo que impulsó otros sectores económicos dependientes del control del agua, como los del azúcar y el arroz.

Sabemos que la mayor parte de los españoles llegados a estas tierras no tenían experiencia alguna en minería. Dependían, al menos al principio, del conocimiento y las técnicas indígenas para todo el proceso, desde la prospección hasta el beneficio. Con el tiempo llegaron algunos alemanes y otros europeos con conocimientos acerca de minas y metales, pero la mayoría de ellos se concentraron en las zonas de oro y plata de filón, y algunos en las minas de esmeraldas. Casi todos los africanos que llegaban a las minas también carecían de tal experiencia minera –pues, en general, los nativos de África eran, como todo el mundo entonces, campesinos–, pero, en las minas de aluvión, muchos esclavos aprendieron entre sí y adquirieron, al menos, algún conocimiento de prospección. Seguramente los diestros en métodos de irrigación y manejo de agua durante los períodos de sequía eran muchos, y su conocimiento fue de importancia fundamental en las minas neogranadinas, aun en zonas sumamente húmedas como el Chocó y Barbacoas.

El trabajo minero se dividió muy pronto por sexos y edades: los hombres manejaban pesadas barras y azadones, y las mujeres manipulaban bateas, cachos y otros instrumentos ligeros, como se acostumbraba en algunas partes de África occidental; los ancianos ejecutaban tareas como la preparación de comida, el cuidado de criaturas y la refacción de ropa, y los niños se encargaban del transporte de las herramientas entre ranchería y mina y prestaban ayuda en general. En las minas de la costa Pacífica se cumplía la peligrosa tradición mencionada por Taussig de bucear para recoger arenas ricas alrededor de rocas sumergidas, lo que comúnmente era realizado por mujeres y niños. En Timbiquí y otras zonas de terrazas de cascajo profundo, la excavación de socavones también se dio, con todos sus peligros. Como se sabe, el trabajo de las minas de aluvión siempre ha implicado riesgos de uno u otro tipo, pero más comunes eran accidentes como deslaves, ahogamientos en ríos caudalosos y picaduras de víboras.

Hay documentos escritos que certifican las contribuciones de los esclavos en el campo de la salud a la colonización exitosa de zonas mineras, especialmente en la selva del Pacífico. En el siglo XVIII eran muy frecuentes las menciones de “negros curanderos de víboras” que encontramos hoy en documentos sobre

los Reales de Minas de Barbacoas, Raposo y el Chocó; incluso Mutis se refiere a ellos y figuran en varios censos ahora almacenados en los archivos nacionales de Colombia y Ecuador. Estos individuos, en general hombres de edad, se ganaron el respeto de sus amos y ganaban hasta 20% más que los otros trabajadores. Historiadores chocoanos como Sergio Mosquera (2004) afirman que estos individuos descubrían sus remedios no solamente observando las prácticas de los chamanes indígenas sino estudiando directamente las culebras, otros animales y las plantas. El uso que de piedras semipreciosas, hierbas y sales hacían estos curanderos contra las ponzoñas significó una fusión de diversas tradiciones médicas que curaba mucho más que picaduras.

Aunque hay gran mención de curanderas y parteras muy respetadas entre las mujeres africanas voy a enfocarme por el momento en la importancia de su trabajo directo en la minería, algo mucho menos enfatizado en la historiografía. Entre la tercera parte y la mitad de las cuadrillas mineras ideales estaba compuesta de mujeres, y la mayor parte de éstas trabajaba en la minería propiamente dicha. Mucho menos conocido, pues se ha olvidado, es el hecho de que en zonas auríferas de piedra dura como Anserma, Marmato y Quiebralomo, hubo esclavas de ascendencia africana que trabajaban bajo tierra excavando túneles con barras de hierro y en el exterior de las minas moliendo ganga a mano con pesadas piedras para sacarle el oro (AGNC [2] y [3]). No decimos que ellas hayan aportado enormes avances técnicos a la minería del oro, pero sí vemos su creatividad y su capacidad de innovación, así como los efectos del conocimiento que traían de África o adquirían en el terreno por su aplicación al beneficio aun de los yacimientos más difíciles. El caso de las negras moliendo con piedras es especialmente instructivo porque este método, desarrollado por ellas en los años veinte del siglo XVII, salió, a pesar de su presunta rudimentariedad, más económico que los inventos de cualquier científico extranjero. Hablamos pues de un olvidado conocimiento minero, en este caso femenino.

En otro caso del Chocó nos consta que algunos esclavos nacidos en África trabajaban más de lo normal para que sus amos prosperaran. ¿Será justo llamarlos “colaboradores”? Dadas las circunstancias, creo que no. En 1724, un hombre llamado Francisco Arará testimonió, con otros integrantes de su cuadrilla, que durante varios años habían trabajado de noche, a la luz de la luna o con candelas, para aumentar la productividad de una mina. A cambio se les había prometido la libertad, compromiso que su ocioso amo, un tal Saavedra, no cumplió (AGNC [4]; ver también Sharp 1975, 1976). Este caso no es único. La promesa de libertad actuaba siempre como un poderoso imán, si no para un individuo sí para su familia y sus hijos.

Teniendo a la vista estos testimonios y las cifras de producción total anotadas anteriormente es imposible alegar que los africanos esclavizados y sus descendientes no trabajaran muy duro y eficientemente. Los números no mienten. Mientras que sus amos descansaban o celebraban ataviados con las últimas modas europeas en sus grandes casas de Cali y Popayán, los esclavos negros de las minas –hombres, mujeres y niños– trabajaban incesantemente. Esto sin olvidar que las importantes élites de comerciantes de Cartagena y Bogotá nacieron y prosperaron gracias al trabajo de los africanos y los afrodescendientes.

Es importante no olvidar ni callar las crueldades de la esclavitud minera en la Colombia colonial, con sus pequeños triunfos y sus dolores tremendos. La mera supervivencia bajo el régimen colonial era un desafío, más aún en zonas tan difíciles como la costa Pacífica. Pero, aparte de esto y de las humillaciones cotidianas sufridas por todos los esclavos y sus descendientes, hay pruebas de los horrorosos extremos que alcanzó ese crimen contra la humanidad que fue la esclavitud. Aquí solamente mencionaré un caso de sevicia que aconteció en Barbacoas a finales del período colonial, disponible para su consulta por el público en el nuevo y muy importante sitio web del Archivo General de la Nación. Un esclavo llamado Manuel Salvador Cortés escapó de la mina conocida como “Guinulte” para hacer una denuncia desesperada. Contó que los miembros de su cuadrilla, aislados en un Real de Minas localizado río arriba, estaban muriendo de hambre. El capataz –un verdadero sádico– decía que “*el negro que no suda se castiga*” y que el trabajo debía comenzar antes de la salida del sol, a las cinco de la mañana, con una ración mínima de alimento para toda la jornada (AGNC [1]: 774-778). La situación los había llevado a tal nivel de desesperación, que los esclavos planeaban ya un suicidio en masa. Este horror no sucedía porque hubiera escasez de comida sino porque el amo, hijo de una “ilustre” familia de Barbacoas, se rehusaba a comprar provisiones. Así pues, no se puede argumentar que la esclavitud en la Nueva Granada haya sido algo leve: tenemos pruebas de que en muchos casos la esclavitud minera llegó a ser algo parecido a lo que pasaba en un campo de concentración nazi.

Conclusión

De forma muy breve he intentado en este ensayo abrir un espacio tradicionalmente “*histórico*”, con su énfasis más o menos conservadurista en el examen de la documentación del pasado, para pesar –y pensar– las múltiples contribuciones económicas de los esclavos al sector minero colonial de la Nueva Granada. Ofrezco sólo una especie de Memoria que quizá sea pertinente al debate

sobre las reparaciones (Kalulambi 2002). Como extranjero creo que la cuestión de las reparaciones es un punto importante que decidir para los colombianos. Pero como miembro de una sociedad con un legado muy parecido creo que vale empezar por un reconocimiento honesto –y en buena medida empírico– del tamaño y la forma del crimen cometido, intentando reconstruirlo en todas sus dimensiones, a la manera de los detectives. Hemos anotado algunas cifras relativas a la producción de oro en manos de esclavos y unos cuantos ejemplos de heroísmo y victimización. Hay mucho que hacer para expiar un silencio de tantos siglos. Pues, a pesar de todo, el desafío, según Taussig, no es crear un “verdadero” Museo del oro sino forjar una sociedad justa, abierta, honrada. En su opinión hay un paralelo violento, cruel y absurdo entre la fetichización actual de la coca –lo de la “plata”?– y la del oro de ayer. ¿Qué medida emplearemos entonces para calcular su verdadero costo? ¿litros de sangre acaso?

Bibliografía

Colombia. Archivo General de la Nación (AGNC) [1], Fondo Negros y Esclavos (Colonia) Cauca, t. II (año 1798) (en la red, asiento # 377), fols. 769-823.

— [2] Fondo Minas (Colonia), Cauca, t. II (años 1621-1627) (# 16), fols. 245-248.

— [3] Fondo Minas (Colonia), Cauca, t. IV (año 1702) (# 14), fols. 321-403v.

— [4] Fondo Minas (Colonia), Cauca, t. VI (años 1724-1725) (# 1), fols. 1-205.

Carney, Judith A. 2001. *Black Rice: The African Origins of Rice Cultivation in the Americas*. Cambridge (MA): Harvard University Press.

Darity, William and Daria, Frank. 2003. The Economics of Reparations. *The American Economic Review*, 93: 2.

Hudson, Randall O. 1964. The Status of the Negro in Northern South America, 1820-1860. *Journal of Negro History*.

Kalulambi, Martín, 2002, “Memoria de la esclavitud y polémica sobre las reparaciones”, en Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.), *Afrodendientes en las Americas: trayectorias sociales e identitarias*. Bogotá, UN – Icanh.

- Lohse, Russell. 2001. Reconciling Freedom with the Rights of Property: Slave Emancipation in Colombia, 1821-1852, with Special Reference to La Plata. *Journal of Negro History*, 86: 3.
- McFarlane, Anthony. 1993. *Colombia Independence: Economy, Society, and Politics under Bourbon Rule*. New York: Cambridge University Press.
- Mosquera, Sergio. 2004. *Don Melchor de Barona y Betancourt y la esclavización en el Chocó*. Quibdó, Universidad Tecnológica del Chocó “Diego Luís Córdoba”.
- Restrepo, Vicente. 1888. *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*. 2a. ed. Bogotá.
- Sharp, William F. 1975. The Profitability of Slavery in the Colombian Chocó, 1610-1810. *Hispanic American Historical Review*, 55: 468-495.
- 1976. *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó, 1680-1810*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Sluiter, Engel. 1998. *The Gold and Silver of Spanish America c.1572-1648*. Berkeley: Bancroft Library, University of California.
- Taussig, Michael. 2004. *My Cocaine Museum*. Chicago: University of Chicago Press.

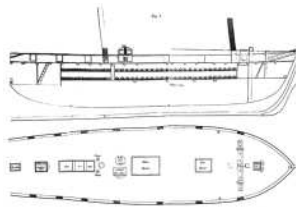




Foto: Edwin Padilla Villa "Chaka Zulu"